

TERRITORIO, POSICIONAMIENTO, RESPONSABILIDAD Y FORMAS DE RELACIONAMIENTO CON LA TEORÍA

Daniel Saur¹

PRESENTACIÓN

Este texto reúne reflexiones motivadas por algunas dificultades recurrentes detectadas en el trabajo de estudiantes de posgrado en ciencias sociales que se encuentran en “situación de tesis”; por lo tanto, está originado por ellos y dirigido principalmente a ellos. Como sabemos, los estudiantes o tesisistas deben enfrentar como requisito para su graduación la realización de una investigación rigurosa, que para los doctorandos significa, además, generar conocimiento nuevo sobre algún aspecto de la realidad, ya sea teórico o empírico. El introducirse en “estado de tesis” conlleva ingresar a un territorio anhelado pero, generalmente, desconocido y atemorizante, con los riesgos de lo que, en la mayoría de los casos, se hace por primera vez, se desconoce cómo realizar, y con la incertidumbre de no saber si se podrá, si se está en condiciones. Iniciar este tránsito es una experiencia única, irrepetible e intransferible, como toda experiencia, que puede ser reconocida como un trabajo de parto más o menos dificultoso, donde ciertas lecturas, cauciones y acompañamiento pueden ser de valor.

De modo que, retomando algunos trabajos realizados con anterioridad², nos abocaremos a puntualizar algunas cuestiones que tienen por finalidad acercar material para la reflexión con la intención de problematizar aspec-

¹ Doctor en Ciencias en la Especialidad de Investigaciones Educativas por el cinvestav de México. Investigador regular del Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades y Profesor de la Facultad de Comunicación Social, de la Universidad Nacional de Córdoba. Co-director del Proyecto de Investigación “La dimensión pública de lo educativo. Exploraciones teóricas y metodológicas”.

² SAUR, D., “Reflexiones metodológicas: tres dimensiones recomendables para la investigación sobre discursos sociales”, en JIMÉNEZ, GARCÍA, M., (Coord.), *Usos de la teoría en la investigación*, México, Plaza y Valdés y SADE, 2006; “Categorías intermedias y producción de conocimiento”, en DA PORTA, E. y SAUR, D. (Coords.), *Giros Teóricos en las ciencias sociales y humanidades*, Córdoba, COMUNICarte, 2008; “De la doxa al saber académico. El complejo pasaje del problema social al problema de investigación”, en JIMÉNEZ, M. A., (Coord.), *Investigación Educativa. Huellas Metodológicas*, México, Casa Juan Pablos y SADE, 2012a.

tos de una situación y un recorrido que cada estudiante desarrolla de modo singular y, muchas veces, con una gran carga de angustia; un recorrido que presenta dificultades habituales y que merece una atención especial.

Sabemos que el lugar de enunciación que asumimos en este documento es, si no “imposible”, al menos incómodo. Como sostiene el canon bibliográfico sobre epistemología o teoría y metodología de la ciencia –desde Descartes a Bunge o Klimovsky, pasando por Hegel–, un texto sobre metodología es un documento que de algún modo y en algún aspecto alude a un recorrido, a un conjunto de procedimientos que configuran una trayectoria tentativa que permite llegar a cierto destino, responder a preguntas y cumplir con objetivos preestablecidos. Es decir, esa literatura sostiene el supuesto de que lo teórico-metodológico conforma una pauta que permite generar una secuencia de pasos o estándares a seguir. Por este motivo, aclaramos desde un inicio que este texto intenta sobrellevar la paradoja de abordar problemáticas metodológicas a la vez que consideramos que la experiencia de cada tesista y de cada investigación es individual, original, única e irrepetible. A lo anterior se debe agregar que entendemos la producción de conocimiento lejos de la reproducción de saberes estabilizados, de la validación de supuestos establecidos y de fórmulas instaladas o circulantes, concibiéndola más cerca de la innovación, más próxima a la corrosión de lo naturalizado y de una mirada inédita y original, resultado de la capacidad analítica, crítica y creativa del investigador. De modo que somos conscientes de estar emplazados en un lugar complicado, donde convive una dimensión técnica, de uso, didáctica si se quiere, con otra que pretende distanciarse de lo establecido y regulado. Sabemos que esa tensión que se plantea –entre un texto “arrogante” que dice lo que hay que hacer, que normaliza, procedimenta e instruye, y un texto que festeja lo inusitado, el quiebre de las reglas y el distanciamiento de las propias condiciones de enunciación– no será resuelta ni superada en este documento, conviviremos con esta tensión y trataremos de hacer equilibrio en su filo.

CARTOGRAFIAR LA “EPISTEME”

Más arriba hicimos mención a las complicaciones que conlleva moverse en un terreno desconocido. Saber dónde se está parado, encontrar puntos de referencia, detectar coordenadas que sirvan para guiar la marcha, identificar un horizonte al cual dirigirse, son fundamentales para evitar buscar a tientas, de manera vacilante e imprecisa. Si se desconoce dónde se está situado y no se cuenta con cierta información, difícilmente se pueda orientar la mirada y dar un paso para llegar a algún lugar deseado donde nunca se ha estado y que

se desconoce cómo es.³ Aquí cobra sentido el conocimiento que se posea sobre la “episteme”, entendida como mapa de las conceptualidades, que puede ser de gran ayuda para reconocer el autoemplazamiento y la superficie en la cual moverse al hacer ciencia social. La “episteme”, para Foucault⁴, “es el conjunto de las relaciones que se pueden descubrir, para una época dada, entre las ciencias cuando se las analiza al nivel de las regularidades discursivas”. Es decir, es una formación discursiva compuesta por el saber teórico, metodológico y epistemológico, lo que involucra redes de relaciones conceptuales en un momento dado o en un estado del conocimiento. A nuestro criterio esta concepción de la “episteme” involucra también una posición sobre el ser de los objetos, sobre el estatuto de la verdad y el fundamento primero de la realidad social; es decir, incluye una ontología.

Pedimos disculpas por la siguiente metáfora que puede parecer pedestre, pero creemos que puede ayudar a los fines ilustrativos. Se puede hacer el ejercicio de pensar que el espacio de la “episteme” es similar a una trama urbana donde hay que moverse cotidianamente. Una ciudad, como la “episteme” podríamos decir, tiene distintas zonas, donde se puede residir, donde alguien puede moverse y desde donde puede desarrollar su vida de manera cotidiana y de modo más o menos pleno, coherente y amigable. Hay lugares más confortables, más acogedores o más peligrosos; los hay más conocidos, previsibles y familiares o más misteriosos y extraños; otros son riesgosos o enigmáticos pero posiblemente más emocionantes y sorprendentes. El acceso y la disposición de ciertos capitales (teóricos y metodológicos), es decir, contar con cierto *background* conceptual y herramientas⁵ teóricas para orientarse y avanzar en la actividad diaria, es como conocer la ciudad que se habita y contar con los recursos necesarios para optar entre las zonas disponibles, para instalarse donde el investigador se sienta a gusto, identificado con el entorno, y desde donde pueda desarrollar su actividad diaria de manera acogedora, pero sobre todo productiva. Algo similar ocurre con el conocimiento disponible y el posicionamiento que se adopta, en relación a la “episteme”. En ciencias sociales “conocer” es en gran medida contar con el “capital con-

³ Evidentemente, saber de antemano dónde queda y cómo es ese lugar, torna la investigación inútil e inconducente. Como dice Jacques Derrida en referencia al trabajo de tesis: “Si viese claramente, y por anticipado, a dónde voy, creo realmente que no daría un paso más para llegar allí” (1997, Pág. 13). Para qué dar un paso a donde ya se ha estado o donde se sabe cómo es, por el contrario, investigar debería permitir llegar a lugares nuevos y desconocidos.

⁴ FOUCAULT, M., *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1991; Pág. 323.

⁵ La noción de “herramienta” o “caja de herramientas” pertenece a G. Deleuze y alude a elementos teóricos operantes que no tienen un carácter ni una funcionalidad prefijada, mecánica ni única, es una noción que alude a todo aquel elemento plausible de operar “al servicio de planteos políticos nuevos” (Foucault, 1992).

ceptual” necesario que permite elegir dónde se prefiere, o es conveniente, situarse. Al amparo de esa ubicación, se puede decidir hacia donde se quiere orientar la tarea diariamente y disponer los recursos que permiten moverse con fluidez en cierta zona y dirección para conseguir los resultados buscados.

Es imposible hacer investigación social sin algún conocimiento del estado de la “episteme”, y es muy dificultoso sin asumir reflexivamente algún lugar en ella, ya que desplazarse sin mucha claridad en esta superficie pone al investigador en riesgo de caer en vacilaciones, contradicciones e incoherencias. Cartografiar la “episteme” e identificarse con algún posicionamiento teórico metodológico ayuda a contar con las coordenadas necesarias que permiten moverse en un territorio singular, así como para llegar al lugar deseado. El desconocimiento de las zonas conceptuales donde se desarrolla el trabajo conduce a una navegación sin bitácora ni puntos de referencia y por lo tanto muy posiblemente errática.

El modo en que se ha desarrollado y configurado la “episteme”, en el espacio específico que comprende a las ciencias sociales, ofrece una vasta extensión de extrema complejidad que muy difícilmente pueda ser conocida en su totalidad por cualquier investigador, por más avezado y experimentado que sea. En ese territorio conviven tramas diversas y heterogéneas, muchas veces confrontadas, disyuntas o superpuestas, circunscribiendo formaciones propias, más o menos elaboradas, con alcances y pretensiones distintas, que han adquirido por su coherencia, sistematicidad y productividad, el estatuto de paradigmas, perspectivas u horizontes de intelección. En ese territorio complejo conviven, por solo mencionar algunas, una diversidad de miradas por lo general asociadas a los nombres de sus creadores: el Interaccionismo Simbólico, el Constructivismo de Bourdieu, la Hermenéutica de Gadamer o Ricoeur, el Funcionalismo de Parsons o Merton, el Estructuralismo Greimasiano, la Deconstrucción Derridiana, la Genealogía Nietzscheana o Foucaultiana, la Sociosemiótica de Verón, el Análisis Político de Discurso de Laclau, la Racionalidad Comunicacional Habermasiana, entre muchas otras opciones.

El conocimiento de estos “enfoques” permite valorar, comparar, seleccionar y eventualmente optar y situarse al abrigo de uno de ellos –o en zonas de interacción e hibridación– asumiéndolo como propio. Asumir una perspectiva es identificarse con una corriente de pensamiento ya probado y si bien la episteme tiene vida y estas perspectivas están siempre en curso, en permanente proceso de transformación, si la misma ha ganado derecho de ciudadanía en la “episteme” es porque ha mostrado, en mayor o menor medida, tanto su productividad como sus limitaciones. Para seleccionar en las mejores condiciones una perspectiva, consideramos que resulta de utilidad conocer de entre las opciones disponibles: sus fundamentos ontológicos, su potencia

iluminadora, su productividad y resultados, su génesis e historia, la axiología que pone en juego, sus implicancias éticas y políticas; como también sus limitaciones, sus zonas inexploradas, sus objetos privilegiados y olvidados. Estas dimensiones cobran densidad a medida que se ejerza un trabajo de autorreflexividad y crítica sobre la propia tarea, lo que enriquece la teoría pero sobre todo, la propia actividad. La claridad de las posibilidades del lugar elegido y de su contexto, permiten confrontar, relacionar o tomar en préstamo algunos aspectos de otras perspectivas y combinarlos a los fines de obtener dispositivos teóricos que faciliten resultados de mayor relevancia. Para ello, es indispensable cuidar la coherencia y compatibilidad ontológica y teórica de los elementos que se articulen en el proceso de armado de ese dispositivo de intelección que está en construcción.

DISCURSO CIENTÍFICO, SEMIOSIS E IDEOLOGÍA

En el trabajo de situarse en la “episteme” siempre acompaña productivamente el ejercicio reflexivo de distanciamiento y desnaturalización; para ello, ayuda tener cierta concepción sobre la “naturaleza” del quehacer investigativo y las características del conocimiento que éste produce. Como dijimos, es de utilidad conocer en qué espacio es conveniente moverse en una investigación, cuáles son los aspectos más representativos de sus procedimientos, cuales las “herramientas” con que se cuenta, y en qué consiste su producción. En este sentido presentamos las siguientes consideraciones:

En primer lugar, como producción social e histórica es importante remarcar que el conocimiento científico forma parte de la Semiosis, ocupando zonas delimitadas de la misma, con rasgos propios y específicos; es decir, la “episteme” es integrante y forma parte constitutiva de la dinámica propia de la Semiosis. Vale aclarar que entendemos por Semiosis a los fenómenos sociales en tanto procesos de producción de sentido, es decir que ésta alude a la dimensión significativa constitutiva del funcionamiento social sin la cual no habría conocimiento, ni política, ni cultura, ni sociedad. Esta concepción, pensada por Charles S. Peirce, refiere a una trama (abierta), que no está sometida a principios simples de coherencia interna, ni a una ley única, conformando lógicas complejas que son históricas y sociales, sin origen unificado y con un horizonte de posibilidades infinitas. La Semiosis puede ser representada como una textura móvil y cambiante que otorga sentido al conjunto de los hechos que conforman el acontecer social, involucrando desde los hechos y procesos más relevantes a los más minúsculos⁶. Por ello, insistimos,

⁶ PEIRCE, C., *El hombre, un signo. El pragmatismo de Peirce*, Barcelona, Editorial Crítica, 1988; VERÓN, E., *La semiosis social*. Barcelona, Editorial Gedisa, 1996.

ni el quehacer ni los resultados de la producción científica escapan a esta textura y a sus principales lógicas.

En segundo lugar, es importante mencionar que en un sentido amplio, el acontecer científico no es el único espacio social vinculado a la producción de saber, la Semiosis también está constituida por un conjunto de procedimientos vinculados a la generación de conocimientos de distinto tipo con su relevancia y legitimidad regional propia. Nos referimos al conocimiento artístico, religioso, mítico, también a lo que se conoce como saber o conocimiento popular, entre otros. De uno u otro modo, todas estas formaciones discursivas producen “efectos de verdad”; todas ellas, con sus características particulares, participan de distinto modo en las formas en que se organiza y reproduce la sociedad, se orientan los individuos y se otorgan sentidos a las prácticas, instituciones y dinámicas sociales. Por caso, el conocimiento religioso se sostiene en una multiplicidad de materialidades significantes, tales como edificios, iconografías, rituales, escritos considerados sagrados, calendarios ceremoniales, procedimientos, liturgias, jerarquías, procesos de iniciación, axiologías morales, mecanismos de transmisión, simbologías, cosmovisiones, etc.

Por su parte y en tercer lugar, el conocimiento científico corresponde a lo que podríamos llamar con Eliseo Verón, un “tipo discursivo”, con sus especificidades propias, que lo diferencian de otros “tipos”. Lo que integra el ámbito de lo considerado científico conforma un “paquete” más o menos estable de relaciones sociales en el que participan estructuras institucionales complejas con sus soportes y dinámicas organizacionales (universidades, centros de investigación, academias, institutos, etc.), eventos y protocolos, así como otros signos de la relación con el saber y con su producción. Está conformado por agentes cuyas prácticas específicas los identifican como integrantes del campo, posee sistemas de acciones y normas, y se manifiesta de forma práctica a partir de sus resultados e intervenciones tecnológicas o bajo forma teórica a partir de documentos o publicaciones, integrando relaciones cristalizadas de ofertas y expectativas correlativas a su organización, y sistemas de representación que son la base de un imaginario pertinente.⁷

En cuarto lugar, este “tipo discursivo” tiene como rasgo diferenciador y como parte de su economía de funcionamiento, el ser un pliegue en la Semiosis; es decir, el hecho de partir de la Semiosis y volver sobre la misma para reflexionar sobre alguna de sus dimensiones. Como sostiene Verón, “lo reconozcan o no, las ciencias sociales se ocupan de objetos que son ya

⁷ VERÓN, E., *La semiosis social*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1996; *Efectos de agenda*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1999; *Fragmentos de un tejido*, Barcelona, Editorial Gedisa, 2005.

significantes, que son ya lenguajes, discursos, signos, ‘sistemas semióticos’, como se los quiera llamar”⁸. El científico es un discurso de segundo orden.

Por último, y contrariamente a lo que aún sigue sosteniendo una mirada positivista sobre la ciencia -que no problematiza sus principios de verdad, objetividad y condiciones de posibilidad- remarcamos que el discurso científico y la Doxa comparten un rasgo común de todo proceso de producción de sentido: una dimensión ideológica constitutiva que diluye la oposición conocimiento verdadero por un lado, y error, falsedad o equivocación por el otro. En el discurso científico, como formación moderna, su ideología suele expresarse en su intencionalidad de cierre social, su pretendida objetividad y su supuesto estatuto de verdad. Es un discurso que procura que su contenido particular se presente como más de lo que es en sí mismo, como totalización⁹, con un carácter representacional fidedigno y una auto adjudicación de transparencia.

A nuestro entender, esta mirada ingenua o mal intencionada tiene fuertes implicancias debido a la desatención, por naturalización, de los juegos de poder que el conocimiento científico esgrime y de los efectos que produce. Ya Foucault¹⁰ ha mostrado con mucha claridad la estrecha imbricación que el saber tiene con el poder, al punto de generar una formulación conceptual (saber-poder) donde cada término es indisociable del otro. Esta pretensión objetivista de la ciencia se apoya en la jerarquía, en recursos institucionales, en la autoridad y en la indiferencia ante los poderes puestos en juego, usando, entre otras estrategias, un dispositivo enunciativo que borra las marcas del autor, de las pasiones, del deseo, de la contingencia y de la historia¹¹. Al respecto, Verón sostiene:

Es que lo ideológico es una dimensión constitutiva de todo sistema social de producción de sentido (...). Lo ideológico no es el nombre de un tipo de discurso (ni aun a un nivel descriptivo), sino el nombre de una dimensión presente en todos los discursos producidos en el interior de una formación social, en la medida en que el hecho de ser producidos en esta formación social ha dejado sus “huellas” en el discurso (...)¹².

⁸ VERÓN, E., *Efectos de agenda*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1999; Pág. 28.

⁹ LACLAU, E., *Los fundamentos retóricos de la sociedad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014; Pág. 29.

¹⁰ FOUCAULT, M., *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Argentina, Ed. Siglo XXI, 1989; *Microfísica del poder*, Madrid, Ed. La Piqueta, 1992.

¹¹ BARTHES, R., “El discurso de la historia”, en *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, España, Paidós, 1987.

¹² VERÓN, E., *La semiosis social*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1996; Págs. 16-17.

No existe un discurso absoluto, único, como fiel reproducción de la realidad, por ello no existe posibilidad de un discurso no ideológico, que pueda producirse por fuera de ciertos condicionamientos sociales, culturales y políticos. Todo discurso es histórico porque está situado espacial y temporalmente y la pretensión “absolutista” es solo un “efecto discursivo”,¹³ resultado del recurso a una autoridad (la tradición, dios, o en nuestro caso la ciencia, entre otras opciones); de una jerarquía que impone rangos legitimados o simplemente establecidos, subordinando otros saberes; o del ocultamiento de las condiciones de procedencia del discurso, haciendo que el mismo se muestre como reproducción incontaminada, fiel y transparente de una realidad sobre la que da cuenta y que parecería mostrarse de forma directa y sin mediación. Desarrollaremos este aspecto con más detalle en el próximo apartado.

EL LUGAR DE ENUNCIACIÓN

Continuando con lo planteado más arriba, lo ideológico no es el nombre de un tipo discursivo, “es una dimensión susceptible de indicarse en *todo discurso* marcado por sus condiciones sociales de producción, cualquiera sea el ‘tipo’”.¹⁴ Eliseo Verón distingue con mucha claridad entre “ideología” empleada como sustantivo y como adjetivo. Como sustantivo alude a un objeto “pre-teórico” y descriptivo que designa configuraciones históricas complejas pero intuitivas, como cuando se habla de comunismo, liberalismo, fascismo, etc., como concepciones del mundo. En cambio, la noción de “ideología” empleada como adjetivo alude a una dimensión de lo social, alude a lo ideológico desde el punto de vista analítico y con utilidad teórica, como un rasgo constitutivo inherente a todo discurso¹⁵. No existe discurso capaz de desmarcarse de sus condiciones sociales e históricas de emergencia, en el sentido más material y literal del término, Marx ya lo ha mostrado con suficiente claridad, las condiciones de producción siempre dejarán marcas en el producto, y la ciencia no es la excepción, no puede escapar a esta regla.

No obstante, como sostiene Eliseo Verón, una de las diferencias del discurso científico se establece a nivel de los efectos que produce, el “efecto de científicidad”, en oposición al “efecto ideológico” que generan otros

¹³ VERÓN, E., *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Ed. Hispamérica, 1986; *Efectos de agenda*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1999. *Fragmentos de un tejido*, Barcelona, Editorial Gedisa, 2005.

¹⁴ VERÓN, E., *Semiosis de lo ideológico y del poder. La mediatización*, Buenos Aires, Of. de publicaciones UBA, 1995; Pág. 27.

¹⁵ VERÓN, E., *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Ed. Hispamérica, 1986; Págs. 18-21.

discursos, principalmente aquellos que corresponden al género político (militante, partidario, gubernamental, revolucionario, etc.). Ahora bien, ¿cómo se genera ese efecto de cientificidad? El supuesto borramiento de lo ideológico y sus implicancias se facilita principalmente por las características que adopta el aparato enunciativo del discurso científico que, como dijimos, tiende a diluir las marcas del autor, del deseo, de la contingencia y de la historia. En el dispositivo enunciativo pareciera que el enunciador habla con voz “neutra”, suprimiendo lo personal del narrador, usando el estilo constataivo, censurando la subjetividad de su persona. El “efecto de objetividad” se acentúa por la aparente no intervención del enunciador, anulándose como “persona pasional”, sustituyéndola por otra, por la “persona ‘objetiva’”¹⁶. Con este mecanismo, el enunciado se presenta como si fuera la copia pura y simple de otra existencia situada en un campo extradiscursivo, el de la realidad. El discurso se muestra fidedigno, con pretensión realista, resistente al sentido, generando lo que Verón ha llamado “efecto de transparencia”.

Esta forma de entender el conocimiento científico, si bien ha sido fuertemente cuestionada principalmente desde lo que se ha conocido como Giro Lingüístico, sigue funcionando de modo dominante. En ella, la objetividad aparece como una forma particular del imaginario, como producto de lo que Barthes llama el “efecto de realidad”, donde el enunciador pretende hacer creer que el referente investigado habla por sí mismo. Este efecto facilita que el relato sobre los hechos se instituya como el único posible, neutralizando otros enfoques, otras miradas, otras voces, otros discursos. Este dispositivo privilegia una aparente relación sin mediación entre discurso y hechos, construyendo desde el punto de vista del lector, lo que podríamos designar como “ilusión de inmediatez” o con-naturalidad entre discurso científico y realidad.

Contrariamente a esta pretensión absolutista de la cientificidad hegemónica, y como afirmamos más arriba, todo discurso para ser científico requiere, por más marginal y periférico que sea, un posicionamiento en el contexto de la “episteme”. Es decir, requiere ubicarse en algún sitio, en línea con una teoría, paradigma, perspectiva u horizonte de intelección en el cual se sustenta y a partir del cual se organiza el trabajo. Siempre se habla de manera situada, desde cierto lugar y momento y por lo tanto desde cierta “ideología”.

Llegados a este punto, queremos hacer una salvedad: a nuestro criterio un rasgo que marca diferencias con los discursos con pretensiones de verdad -producidos y circulando en la Semiosis- es que el discurso de la ciencia requiere poner en evidencia y mostrar con claridad desde donde se expresa, el

¹⁶ BARTHES, R., “El discurso de la historia”, en *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, España, Ed. Paidós, 1987; pág. 168.

lugar siempre histórico y perspectivo en que está emplazado. Necesita explicitar sus condiciones de enunciación.

En oposición a las pretensiones positivistas del conocimiento, consideramos que es justamente la manifestación de ese perspectivismo la que brinda legitimidad a cierta forma de ejercer la actividad científica. Ésta dejó de estar sostenida sobre una falsa pretensión de conocimiento único e incuestionable –desde el cual fundamentó durante largo tiempo su valor y legitimidad– para transparentar sus condicionamientos y sujeciones. Como sostiene Josefina Granja:¹⁷ “1) no se puede observar el todo a un mismo tiempo, siempre se comienza con un lado (inclusión) y se deja fuera todo lo demás (exclusión)”.¹⁸ Es desde ese lugar desde donde se dialoga con otros desarrollos conceptuales referidos a los mismos objetos que se están investigando, a los que se recurre, se retoman, en los cuales se apoya, a los cuales se responde, con los cuales se confronta o se polemiza. Estas cuestiones están siempre gravitando en los procesos de investigación.

Si bien este giro pone a la ciencia en una situación relativa y aparentemente más vulnerable, este reconocimiento potencia su capacidad al precisar con mayor sinceridad, claridad y justeza lo que puede brindar y cuales son sus alcances efectivos, alertando al lector, usuario o receptor de la ciencia, de sus repercusiones e implicancias. Hacer explícitos los límites y posibilidades del conocimiento científico es un requerimiento ético y político, en el sentido de aclarar sus posibilidades, pero también sus restricciones y la historicidad de la que este conocimiento es objeto, por lo tanto su caducidad y el carácter acotado de su propia producción y su propia verdad. Creemos que este aspecto cobra mayor relevancia cuando la investigación tiene una adscripción institucional y un sostén presupuestario procedente del ámbito público por la mayor responsabilidad social que esto implica.

No hay metadiscurso de referencia, no hay discurso totalizador que sirva de baremo, no existe posibilidad de fungir de “ojo de dios” ni de salirse de la Semiosis para dar cuenta de ella. Acordamos con Eliseo Verón cuando postula:

¹⁷ GRANJA, J., “Análisis conceptual de discurso: lineamientos para una perspectiva emergente”, en Granja, J. (comp.), *Miradas a lo educativo. Exploraciones en los límites*, México, Editado por Plaza y Valdés y SADE, 2003, pág. 241.

¹⁸ Josefina Granja continúa: “2) los aspectos que se ponen en foco (lo incluido) se observan con una diferencia guía (individuo/sociedad, sociedad/estado, sentido/acción, lo político/lo social, etc.), 3) lo que se observa está posibilitado desde esa guía: el tipo de descripciones susceptibles de ser producidas anidan en la diferencia guía que se utiliza, 4) lo excluido puede reingresar en enlaces de observaciones posteriores pero acomodándose a la retícula configurada a partir de la diferencia guía” (2003, Pág. 241).

El efecto de sentido llamado “cientificidad” puede producirse cuando un discurso que describe un dominio de lo real, discurso sometido a condiciones de producción determinadas, se tematiza a sí mismo, precisamente, como estando sometido a condiciones de producción determinadas (...) esta propiedad que define la “cientificidad” de un discurso (y por lo tanto el “conocimiento científico”) consiste en instaurar un desdoblamiento en las relaciones del discurso.¹⁹

La producción científica requiere explicar sus propias condiciones de posibilidad y por lo tanto estamos convencidos que construye su legitimidad a partir del carácter circunscripto del conocimiento que ofrece, a sabiendas que toda relación de exterioridad es insostenible. “En otras palabras –afirma Verón– en un discurso, es la exhibición de su ideología lo que produce la cientificidad”.²⁰ Solo es honesto, responsable y fecundo desde el punto de vista de la productividad social, el trabajo que piensa su objeto y también su propio lenguaje y lo manifiesta, lo hace público, lo pone en evidencia y al alcance del lector. Como dijimos, esta explicitación del lugar de la palabra, como intervención siempre relativa e inevitablemente tendenciosa, es una declaración imprescindible desde el punto de vista ético y político ya que así, como dice Ernesto Laclau, “estoy dando al lector la única libertad que está en mi poder otorgar: la de ubicarse fuera de mi discurso y rechazar su validez en términos que sean enteramente inconmensurables con él”.²¹

TEORÍAS Y MAESTROS, POSIBILIDADES Y RIESGOS

Investigar es sinónimo de producir conocimiento nuevo, pero a diferencia del conocimiento generado en otros campos (artístico, popular, religioso, etc.), en el ámbito de las ciencias sociales, como dijimos, se requiere el soporte de la “episteme”. En el ejercicio de ingresar a ese territorio desconocido y apasionante, juego de la iniciación a la investigación social, los estudiantes cuentan con el acervo bibliográfico y el bagaje teórico reunido por los distintos campos de saber; pero además, con otra referencia de alto valor: el tutor, asesor o director de tesis. Con el tutor se pueden construir los vínculos más diversos, desde los burocráticos o formales, los distantes o directamente ausentes, a los más sumisos, obedientes y absorbentes; no obstante, siempre es posible y deseable el relacionamiento asociativo, cooperativo y de acompañamiento.

¹⁹ VERÓN, E., *La semiosis social*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1996, pág. 23.

²⁰ *Ibidem*, pág. 25.

²¹ LACLAU, E., *Emancipación y Diferencia*, Buenos Aires, Ariel, 1996, pág. 46.

Nos animaríamos a decir que sin afinidad a un posicionamiento y sin un tutor, el estudiante se encuentra demasiado solo, lo que dificulta realizar la travesía; por ello, el ajuste y “alineación” entre perspectiva y tutor, en sintonía con el deseo y conocimiento del tesista, es de fundamental importancia. Se requiere una disposición a relacionarse, ya que es muy difícil, sino imposible, formarse solo; es necesario otro u otros, en los cuales proyectarse facilitando una relación transferencial.²² La disyunción, contradicción o incoherencia entre el posicionamiento del tesista a nivel de la “episteme” –o sea su línea teórica de trabajo, si la tuviera previamente a relacionarse con su tutor– y la perspectiva de adscripción del tutor habitualmente genera inconvenientes, desgastes y conflictos. Esto sucede porque generalmente el tutor funge de mediador con la teoría, es el que posee las llaves del “templo” y está en posibilidades de habilitar, mostrar los modos y brindar las claves de bóveda. El tutor tiene la posibilidad de mostrar no solo los recursos, sino los modos de hacer, las formas de apropiación de esos recursos, de puesta en trabajo y producción de la teoría. En un punto el quehacer del tutor es para el tesista la expresión de la “teoría viva”.

Ambos elementos, *background* teórico y acompañamiento tutorial, si se articulan de manera armónica pueden apuntalarse mutuamente, converger, reforzarse y potenciarse con intensidad. Este acople coordinado nos permite pensar en una formulación teoría/tutor o tutor/teoría que nos parece pertinente para lo que queremos mostrar, ayudando a generar condiciones para impulsar el trabajo, ya que la teoría sostiene al tutor en su práctica, y el tutor se apoya en aquella, le da vida, la recrea y enriquece. Si opera de este modo, el tutor es la teoría en uso, en movimiento, es la figura diestra en ese arte que se quiere aprehender, es la teoría en estado vivo. Pensado así, el tutor –asesor o director de tesis– es la interfaz entre los materiales conceptuales y el tesista, introduciéndolo, generalmente, en el reconocimiento de esos recursos teóricos, sus usos y apropiaciones, sus limitaciones y posibilidades. Aquí confluyen el deseo, la razón, la inteligencia y los resultados del trabajo puesto en práctica, pero también el juego de proyección del tesista y la identificación con su tutor/teoría.

En el trípode que se establece entre tesista, teoría (o perspectiva) y tutor, es necesario que se produzca una interpelación. El tesista suele sentirse aludido y convocado por una perspectiva y/o por un tutor que hace las cosas de cierta forma, que generalmente allana y facilita el acceso a esa perspectiva. Esa invitación subjetiva se expresa como una “interpelación” (teoría/tutor) que moviliza al tesista a voltear y asumir como propios ciertos aspectos de una mirada, que generalmente es la mirada de ese tutor/teoría. La

²² LAPLANCHE, J., y PONTALIS, J., *Diccionario de psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2007.

identificación es “un proceso mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste”.²³

Más allá de las posibilidades, de censura, de taponamiento o libertarias, que promueva el vínculo con la teoría/tutor, podemos afirmar que hay una ambivalencia constitutiva en todo proceso de identificación, al igual que en Edipo –Edipo ama pero a la vez rivaliza y compite–. La identificación resultante de la interpelación promueve en el tesista imitación, empatía y proyección, ganas de ser y hacer al igual que se hace con una teoría, al igual que hace su tutor o director. Sin embargo, este vínculo relacional no es necesariamente coherente, y casi nunca lo es, este vínculo puede ser conflictivo, paradójico, absorbente, oclusivo, entre varias otras opciones y varias de ellas a la vez. De hecho, proyectarse es casi siempre perderse en el otro, la fascinación que genera el tutor/teoría conlleva el riesgo de ser “devorado” por la teoría y/o por el tutor, dejar de ser uno para pasar a ser una extensión, una parte o un vocero de una teoría o de un tutor que sabe más, que es más poderoso, que se impone como modelo, muchas veces venerado, o como instrumento mecánico de aplicación.²⁴

Si bien el respaldo teórico y el acompañamiento son aspectos de suma importancia, también es necesario tener algunos cuidados. La fascinación exagerada por el tutor/teoría produce ciertos empleos de la perspectiva cuyas consecuencias pueden llevar a que el tesista sea engullido por el mismo. Esta situación produce habitualmente un uso ingenuo de la perspectiva, cuando se cree que con ella podremos solucionar todos los problemas o encontrar todas las respuestas; o un uso ritual o normativo de la teoría, como implementación formalista o academicista; o un uso teorícista, donde la realidad debe ajustarse a la teoría; entre otros²⁵. Emular al tutor atenúa la originalidad de la propia mirada y el afán por “copiar” neutraliza la creatividad. Si la “transferencia” con el tutor no se resuelve en alguna medida, el tesista puede ser “devorado” y perder su autonomía.

Existen otros riesgos que muchas veces dejan al tesista en situación de inmovilidad, desarmado, a partir de dictámenes paradójicos que generan un “doble vínculo”, con alto costo personal y afectivo, lo que se manifiesta también en los resultados de su trabajo: “tomá iniciativas, pero está prohibido apartarse del camino que te trazo”; “sé independiente, dependiendo de mí”;

²³ Ibídem, Pág.184.

²⁴ SAUR, D., “¿Aplicar la teoría? Reflexiones en torno a la noción de aplicación en el Análisis de Discurso”, en BUENFIL BURGOS, R. N. (Coord.), *Giros Teóricos. Diálogos y debates*, México, Editado por la UNAM, la Universidad Iberoamericana y el CINVESTAV de México, 2012b.

²⁵ BUENFIL BURGOS, R. N., “Los usos de la teoría en la investigación educativa”, en JIMÉNEZ GARCÍA, M. (Coord.), *Usos de la teoría en la investigación*, México, Plaza y Valdés y SADE, 2006.

“sé libre y creativo, haciendo lo mismo que yo hago”, son algunas de las formas que adopta la relación imposible con el tutor/teoría, en la que el tesista puede quedar atrapado.

Si bien existen los riesgos mencionados, la formación en investigación es un trans-formarse, y ese movimiento siempre viene de la mano de otro/s individuo/s, esos riesgos están siempre presentes en la identificación con el tutor/teoría, pero sin un componente transferencial es muy difícil que haya resolución del pasaje. Afortunadamente nunca estamos solos, ni para entrar ni para salir de la relación. El vínculo tutor-tesista siempre se da de modo artesanal, es una relación específica, singular, no existen dos vínculos pedagógicos iguales, como no hay dos tutores o estudiantes iguales; y siempre existe la posibilidad de generar un dispositivo relacional dialógico,²⁶ colaborativo, respetuoso de la singularidad propia y del otro, de crecimiento mutuo. Aquí reside la importancia del respeto de la individualidad, la atención y la sagacidad que ayuda a evitar la convivencia con el tutor/teoría, atenuando una formación que se exprese como domesticación. En este sentido, se manifiesta muy ilustrativa la recuperación que realiza Eliseo Verón²⁷ de Roland Barthes, quien sostenía que el maestro les dice a sus estudiantes “obtener el diploma es aprender a hacer lo que yo hago”, pero si es un verdadero maestro, “y Barthes lo era” –dice Verón– el reverso de ese saber le hace decir “ustedes producirán conocimientos a condición de *no hacer* lo que yo hago”, de ser sí mismos, de recuperar de manera cabal la propia voz, y si se quiere, de asumir el desafío del hacer propio, incluso mayor y mejor que el mismo maestro. Como dice Richard Sennett: “Es claro que se aprende imitando a un maestro al que se admira, pero la verdadera confianza en sí mismo se alcanza cuando ya no se necesita ese modelo y se es capaz de realizar un buen trabajo por sí mismo; entonces el homenaje importa menos”.²⁸

CONSIDERACIONES FINALES

De este modo concluimos, en forma provisoria como no puede ser de otra manera con toda conclusión, este ejercicio que ha tenido la intención de acercar algunas consideraciones a los fines de promover la reflexión sobre algunos aspectos presentes en una tarea compleja: la iniciación en la investigación en ciencias sociales. Hemos tratado básicamente y de manera

²⁶ ARÁN, O.; BAREI, S. (et al.), *Diccionario Léxico de la Teoría de Mijail M. Bajtin*, Córdoba, Dirección General de Publicaciones Universidad Nacional de Córdoba, 1996.

²⁷ VERÓN, E., *Efectos de agenda*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1999, Pág. 33.

²⁸ ALLIAUD, A., “La maestra modelo y el modelo de maestra”, en ALLIAUD, A. y ANTELO, E., *Los gajes del oficio. Enseñanza, pedagogía y formación*, Buenos Aires, Aique, 2009, Pág. 73.

introdutoria tres cuestiones con el propósito de facilitar materiales para la discusión y con fines, si se quiere, pedagógicos.

En primer lugar, la necesidad de reconocimiento del territorio donde se desarrolla la tarea investigativa, donde se libra la contienda por la producción de conocimiento y donde el estudiante necesita moverse con cierta pericia. Cabría aclarar que siempre es plausible salirse de la “episteme”, la que tiene límites bastante demarcados; no obstante, desplazarse fuera de esta formación discursiva pondría al tesista en otro territorio y lo que estaría haciendo, por más interesante y sugerente que se presente, sería ya otra cosa, de otro orden, no sería ciencia social. Las transformaciones más significativas en el campo de la investigación social de los últimos cuarenta o cincuenta años han surgido justamente de los trabajos que se sitúan en los márgenes de la “episteme”, pero del lado interno, tensionando desde allí los límites y produciendo efectos de frontera y de hibridación con otros campos de saber (literarios, artísticos, populares, etc.) muy inspiradores y productivos.

En segundo lugar, hemos aludido a las características del discurso científico como “tipo discursivo”, planteando su perspectivismo y limitaciones, y por lo tanto, la necesidad de explicitar el lugar teórico-conceptual desde donde se habla, residiendo en este gesto una dimensión fundamental que lo diferencia de otros tipos de conocimientos y de discursos. En este sentido, es un requisito ético-político expresar con claridad y transparencia el lugar de toma de la palabra y los elementos que condicionan la voz del investigador y su producción. Éste es un requisito mínimo, expresión de honestidad, que se muestra como ejercicio de respeto por el lector de nuestro trabajo y de nuestra producción.

Por último, nos detuvimos muy brevemente en una cuestión que sin duda, al igual que las dos anteriores, amerita mucho más trabajo y atención: la relación del tesista con su tutor (o director de tesis) y con la teoría que éste representa. Aquí se juegan varios de los elementos complejos que están presentes en toda relación pedagógica convencional que vincula a maestros y estudiantes, pero con aditamentos específicos que es importante ir develando para facilitar y promover un vínculo más sano, provechoso y humano, dada la singularidad del proceso y la complejidad de una relación prácticamente indispensable que puede facilitar el ingreso al campo de la investigación, o que lo puede obturar y desalentar con mucha fuerza.

REFERENCIAS

- ALLIAUD, A., “La maestra modelo y el modelo de maestra”, en ALLIAUD, A. y ANTELO, E. *Los gajes del oficio. Enseñanza, pedagogía y formación*, Buenos Aires, Aique, 2009.
- ARÁN, O., BAREI, S. (et al.), *Diccionario Léxico de la Teoría de Mijail M. Bajtin*. Córdoba, Dirección General de Publicaciones Universidad Nacional de Córdoba, 1996.
- BARTHES, R., “El discurso de la historia”, en *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, España, Ed. Paidós, 1987.
- BUENFIL BURGOS, R., “Los usos de la teoría en la investigación educativa”, en JIMÉNEZ GARCÍA, M. (Coord.), *Usos de la teoría en la investigación*, México, Plaza y Valdés y SADE, 2006.
- DERRIDA, J., *El tiempo de una tesis. Deconstrucción e implicaciones conceptuales*, Barcelona, Proyecto A Ediciones, 1997.
- FOUCAULT, M., *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Argentina, Ed. Siglo XXI, 1989.
- , *La arqueología del saber*, México, Ed. Siglo XXI, 1991.
- , *Microfísica del poder*, Madrid, Ed. La Piqueta, 1992.
- GRANJA, J., “Análisis conceptual de discurso: lineamientos para una perspectiva emergente”, en GRANJA, J. (Comp.), *Miradas a lo educativo. Exploraciones en los límites*, México, Editado por Plaza y Valdés y SADE, 2003.
- LACLAU, E., *Emancipación y Diferencia*, Buenos Aires, Ed. Ariel, 1996.
- , *Los fundamentos retóricos de la sociedad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014.
- LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J., *Diccionario de psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2007.
- PEIRCE, C., *El hombre, un signo (El pragmatismo de Peirce)*, Barcelona, Editorial Crítica, 1988.

- SAUR, D., “Reflexiones metodológicas: tres dimensiones recomendables para la investigación sobre discursos sociales” en JIMÉNEZ GARCÍA, M. (Coord.) *Usos de la teoría en la investigación*, México, Plaza y Valdés y SADE, 2006.
- , “Categorías intermedias y producción de conocimiento” en DA PORTA, E. y SAUR, D. (Coords.), *Giros Teóricos en las ciencias sociales y humanidades*, Córdoba, Editorial COMUNICarte, 2008.
- , “De la doxa al saber académico. El complejo pasaje del problema social al problema de investigación”, en JIMÉNEZ M. A. (Coord.), *Investigación Educativa. Huellas Metodológicas*, México, Casa Juan Pablos y SADE, 2012a.
- , “¿Aplicar la teoría? Reflexiones en torno a la noción de aplicación en el Análisis de Discurso” en BUENFIL BURGOS, R. N. (Coord.), *Giros Teóricos. Diálogos y debates*, México, Editado por la UNAM, la Universidad Iberoamericana y el CINVESTAV de México, 2012b.
- VERÓN, E., *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Ed. Hispamérica, 1986.
- , *Semiosis de lo ideológico y del poder. La mediatización*, Buenos Aires, Of. de publicaciones UBA, 1995.
- , *La semiosis social*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1996.
- , *Efectos de agenda*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1999.
- , *Fragmentos de un tejido*, Barcelona, Editorial Gedisa, 2005.